judiciales y acciones del gobierno que amenazan a la prensa libre.

Entre otras cosas, criticaron las medidas del gobierno de Bush para hacer más difícil a los periodistas extranjeros renovar sus visas en Estados Unidos, y las crecientes limitaciones al acceso público a tribunales donde se ventilan casos de terrorismo e inmigración. Asimimso, muchos grupos dicen que el gobierno de Estados Unidos está violando el espíritu del Acta de Libertad de Información, al denegar cada vez más solicitudes de información presentadas por periodistas.

La lamentable cobertura de la guerra en Iraq –sostiene Oppenheimer- hace que mucha gente con educación superior de América Latina crea que hay censura gubernamental en Estados Unidos. Esa creencia se refuerza por el hecho de que los medios norteamericanos no muestran –por las mismas reglas de poder que ejercen en el ámbito doméstico, dicen las empresas- las imágenes de heridos y muertos iraquíes que se ven a diario en el resto del mundo.

Claro que es absurdo comparar a Estados Unidos con Venezuela, donde el congreso controlado por el gobierno acaba de promulgar un proyecto de ley exigiendo que los medios sean "socialmente responsables", o sea progubernamentales. Y menos con Cuba, donde no se permiten medios de oposición y 25 periodistas fueron condenados recientemente a penas de hasta 25 años de prisión por delitos como poseer una máquina de escribir no autorizada.

Sin embargo, las amenazas a los medios estadounidenses deberán ser un llamado de atención. Y si Bush quiere que Estados Unidos tenga autoridad moral para predicar la democracia y la libertad de prensa en el resto del mundo, debería asumir el liderazgo en la lucha contra estas amenazas, en lugar de alentarlas, abierta o tácitamente.

LA PRENSA BUSCA REACOMODO

Ha sido tan avasallador el campo de la televisión en Estados Unidos, que auténticos arribistas del periodismo, por la simple magia de la pantalla chica, han trascendido en las entrevistas a los famosos de la farándula, tanto en programas anglosajones como el de Rosie O'Donell, al igual que en programas latinos como los de Cristina Saralegui y Don Francisco con su *Sábado Gigante*. ¡Y se dicen periodistas!

Sin embargo, todavía quedan algunos hombres y mujeres de mucho peso en la prensa estadounidense que se hacen presentes en los sucesos más trascendentales del mundo y aún pueden servir de contrapeso a la espectacularidad de los reporteros y comentaristas de la televisión, cubriendo con sagacidad cada palmo de terreno y escribiendo análisis de profundidad cuando las circunstancias lo requieren.

El ejemplo más notorios de competencia periodística se dio en la primera guerra del presente siglo en Afganistan, tras la destrucción de las torres gemelas de Nueva York y una sección del Pentágono en Washington por un grupo fanático del Islam dirigido por Osama Bin Laden, el 11 de septiembre de 2001.

Por cierto, un reportero investigador de **The Wall Street Journal**, Daniel Pearl, pagó con su vida la osadía de acudir a las fuentes de la red terrorista Al-Quaeda en Karachi, al sur de Paquistán, durante el mes de enero de 2002, pues fue secuestrado el día 23 y finalmente asesinado el 21 de febrero , cuando rastreaba información para su periódico.

Pero la guerra en Afganistan no produjo solamente este caso de fallecimiento violento de un periodista, pues desde que Estados Unidos atacó las ciudades de los grupos terroristas a partir del 7 de octubre de 2001, cayeron

nueve profesionales de la noticia de distintas nacionalidades, entre ellos el español Julio Fuentes, de **El Mundo**, ya que la respuesta ordenada por el presidente George Bush al derrumbe de las torres gemelas de Nueva York no paró en consecuencias de todo tipo contra sus agresores.

El golpe devastador en el mero centro financiero de la Unión Americana y en el sitio que se suponía el más seguro –corazón de la misma seguridad estadounidense- fue ocasión para que repuntaran muchos medios impresos y duplicaran su tirada, pues la noticia *per se* provocaba no sólo el morbo que satisfacían las imágenes instantáneas de la televisión sino que exigía también la pauta marcada por los análisis y opiniones de las voces más autorizadas para explicar tan significativo suceso.

El periodista más conectado con los círculos del poder estadounidenses, Bob Woodward, publicó en el **Washington Post** del 27 de enero l3 de febrero de 2002 un reportaje seriado de ocho partes en el que reprodujo prácticamente hora por hora los momentos de decisión de los diez días posteriores a los atentados en Nueva York y Washington (www.washingtonpost.com/bobwoodward).

El solo nombre de Woodward sigue interesando en la prensa por la proeza que protgonizó junto con Carl Bernstein al inicio de la década de 1970 cuando *Garganta Profunda* les sirvió de fuente misteriosa en la investigación sobre el famoso caso del *Watergate* que tanto prestigio le dio al **Washington Post** y a ellos mismos por haber desencadenado con su trabajo a fondo la renuncia del presidente Richard Nixon en 1974.

Sin embargo, el suceso del 11 de septiembre de 2001, que trajo como secuela una serie de críticas en la prensa estadounidense contra la administración de George Bush los días 17 y 18 de mayo de 2002 por no haber tomado en serio las advertencias hechas desde el 6 de agosto de 2001 en torno a dichos actos terroristas, también produjo infinidad de textos sobresalientes a nivel internacional que merecieron una difusión masiva en muchas partes del planeta y sentaron tesis interesantes en torno a la sociedad norteamericana, como el de Jean-Marie Colombani, director de **Le Monde**, de París titulado ***"Tous Américans?"***

LA SOCIEDAD NORTEAMERICANA

El breve y enjundioso ensayo de Jean-Marie Colombani en **Le Monde**, de París, fue comentado ampliamente por el escritor Mario Vargas Llosa en **El Norte/Reforma** del lunes 1 de abril de 2002, pues el autor considera que los profundos trastornos que las reverberaciones de la onda sismática del 11 de septiembre del 2001 han causado cambios de alianzas, de antagonismos, de prioridades para los gobiernos y de incertidumbres y temores para la gente común.

Colombani, en glosa del escritor peruano-español, examina muchos conflictos y regiones de manera sucinta, pero sobre dos de ellos, prioritarios, hace un análisis en profundidad absolutamente persuasivo. El primero, la naturaleza del integrismo islámico encarnado por Osama Bin Laden y su organización terrorista Al-Qaeda, al que califica como un movimiento conservador, anti-moderno y anti-democrático, comparable con el nazismo, cuyas primeras víctimas, dice, son los propios ciudadanos de los paises musulmanes.

Colombani desactiva con aplastante argumentación las tesis de quienes, en nombre a veces del pacifismo, y, a veces, del respeto a la "identidad cultural" de los pueblos pobres y atrasados, encuentran atenuantes y hasta justificaciones para los actos de terror desatados por el integrismo, señalando que, detrás de esos malabarismos ideológicos, alienta, como inspirador, el más primario antinorteamericanismo.

Con la misma lealtad y valentía con que escribió el polémico editorial de **Le Monde** el 11 de septiembre del 2001 ***"¿Todos somos americanos?"***, sostiene que la naturaleza reaccionaria y fascista del integrismo justifica la adhesión firme de las democracias a la acción internacional que, encabezada por los Estados Unidos, ha conseguido poner fin al régimen talibán en Afganistán y reemplazarlo por una coalición de tendencias y partidos bajo la tutela de la ONU.

...El libro de Colombani se abre y se cierra con un inequívoco gesto de solidaridad y simpatía hacia el país víctima de los atentados del 11 de septiembre, algo que no dejará de atraer sobre Jean-Marie Colombani, director, no lo olvidemos, del diario más influyente en el ámbito de una *inteligentsia* francesa que

desde hace ya buen tiempo se caracteriza, como lo recuerda él mismo, por un beligerante anti-norteamericanismo.

Esta solidaridad y simpatía no ahorran, desde luego, las críticas a la sociedad estadounidense, la que, según Colombani, habría decaido en valencias morales y políticas de manera muy generosa: una era de solidaridad y humanidad que se empobreció y degradó por culpa del neo-liberalismo de los gobiernos republicanos, de Reagan a Bush.

Jean-Marie Colombani no incurre al hablar de los Estados Unidos, en estereotipos que suelen ser frecuentes en muchos intelectuales europeos, ni mucho menos en la arrogancia despectiva con que otros justifican su desdén hacia ese país en el que, a su parecer, el materialismo ávido habría banalizado la cultura. Por el contrario, hay en su libro algunas punzantes recusaciones de ese anti-norteamericanismo basado en el resentimiento, el complejo de inferioridad, o en la nostalgia del comunismo defenestrado, contra el único super-poder que ha quedado en el mundo.

Y muchas de sus críticas a la sociedad estadounidense son perfectamente legítimas y necesarias. Como el bárbaro anacronismo que representa la pena de muerte que todavía se practica en muchos Estados, el peligro de intolerancia y de violencia implícitas en el fundamentalismo cristiano de ciertos grupos que no vacilan en utilizar el terror en sus campañas "pro vida", contra las clínicas y médicos que practican el aborto, o la supervivencia de los focos urbanos de miseria enquistados en un contorno de riqueza desmesurada.

Yo también, como Colombani, creo lamentable que, en estos momentos críticos para la historia del mundo, no haya en la Casa Blanca una personalidad más sólida y visionaria que la del mediocre Mandatario actual. Pero, dicho todo esto, creo que, pese a sus visibles esfuerzos de *fair play* (de juego limpio) su visión de la sociedad estadounidense no es del todo justa. Su idea de la "solidaridad", valor humano por excelencia, parece para Colombani algo inseparable de la acción estatal, de los servicios públicos, y por eso ve en el recorte que todos los Gobiernos últimos en Estados Unidos han operado de ciertos entes y programas,

una merma de la solidaridad y una inflación del egoísmo (del individualismo). Esto implica un "parti paris" discutible.

La solidaridad no pasa necesariamente por la burocracia estatal, y, a menudo, más bien, la burocracia expropia en su provecho buena parte de los recursos que los contribuyentes le confían para el ejercicio de esa "solidaridad" mandatada. Corresponde a la sociedad civil en su conjunto ejercer aquella solidaridad y decidir si la mejor manera de hacerlo es mediante los costosos sistemas sociales del Estado protector, a la manera europea, o descentralizar ese ejercicio, asumiéndolo ella en su conjunto, en aquellos órdenes donde la intermediación burocrática (a menudo costosa e ineficaz) es imprescindible.

En los Estados Unidos el ejercicio de la solidaridad no es un monopolio estatal. Se practica a través de múltiples agentes de la sociedad civil, empezando por las iglesias y las organizaciones de base (las "grass-roots organizations), pilares de la participación democrática, a través, por ejemplo, del mecenazgo y voluntariado. ¿Cuántos museos, hospitales, orfelinatos, hospicios existen y funcionan bajo el voluntariado en los Estados Unidos? Esta forma de solidaridad suele ser, aunque no sea pública y burocratizada, muy efectiva, como se vio en Inglaterra, un país que, en el siglo 19, alfabetizó a la sociedad en escuelas financiadas y administradas no por el Estado sino por la sociedad civil. Esto no recusa, desde luego, la necesidad de una acción directamente asumida por el Estado en muchos casos en que la sociedad civil no puede suplirla; sólo cuestiona la idea de que la solidaridad sea, en vez de una obligación moral y un quehacer descentralizado y privatizado, una mera función administrativa.

En Estados Unidos, los altos escalones del poder político, dejan a veces mucho qué desear y merecen las críticas más duras. Pero, en cambio, la base social sigue siendo democrática, activa, involucrando masivamente a la población en la vida de la comuna, del barrio y a veces de la propia calle. A ese nivel de cientos de millones de ciudadanos anónimos, el liberalismo no está reñido con la solidaridad, ni con los principios, ni con la humanidad.

Y, por el contrario, concilia admirablemente la libertad con un individualismo

creador, que estimula la iniciativa y se concreta en una pujante dinámica social. Esa dinámica que ha permitido a Estados Unidos adaptar sus industrias a la revolución informática y a las nuevas tecnologías a una velocidad extraordinaria y ser poco menos que una sociedad de pleno empleo, mientras otras sociedades modernas, por el peso de sus Estados, ven con angustia crecer de manera fatídica sus índices de desocupación.

En su inteligente y estimulante ensayo, lleno de ideas, Juan-Marie Colombani expresa su confianza de que, a partir del 11 de septiembre, Estados Unidos cambie para mejor, asumiendo con más lucidez, responsabilidad y generosidad su papel de gran potencia. Esperemos que así sea. Y, también, que esos cambios, al corregir lo mucho que todavía anda mal allí, no dañen ese espíritu democrático que ha hecho de Estados Unidos –una de las pocas democracias que nunca conoció un régimen dictatorial- la primera sociedad avanzada que, a la vez que progresa, se va convirtiendo en una sociedad multirracial y multicultural, sin que ello provoque allí los traumas que la coexistencia de razas, creencias y culturas diferentes provoca en otras partes[135].

Obviamente la invasión a Iraq en el 2003, sin la aprobación de la ONU y a pesar de la negativa de Francia y Alemania, produjo una catarata de críticas mayores sobre la administración del presidente George Bush y sus "Halcones" neoconservadores, desatándose también una gran polémica por el papel del periodismo norteamericano al exaltar los triunfos simbólicos del ejército norteamericano en Bagdad (como el derrumbe de la estatua de Saddam Hussein y la captura de éste en un escondite), pero ocultando la realidad de los soldados occidentales muertos en los campos de batalla y tratando de no difundir la llegada de los féretros a sus lugares de origen.

Las atrocidades consumadas por las fuerzas invasoras contra los presos iraquíes lograron trascender finalmente por los testimonios gráficos captados en algunas cárceles, pero en todo momento la prensa de Washington y Nueva York

[135] Vargas Llosa, Mario, "Después del diluvio", en **El Norte/Reforma**, México, lunes 1 de abril del 2002, página 19, sección internacional

suavizó el énfasis del tema, por recomendaciones de la Casa Blanca, pues estaban en puerta las elecciones presidenciales en noviembre del 2004, y George Bush buscaba asegurar cuatro años más en el poder.

Finalmente el político de Texas logró su propósito a pesar de la opinión pública internacional en su contra, pues su contrincante John Kerry no supo aprovechar el enorme apoyo de los sectores que se aliaron al Partido Demócrata, y sucumbió ante la propaganda de los republicanos que convencieron a la mayoría con los argumentos del patriotismo, el fervor cristiano y la confianza en la lucha contra el terrorismo representada por el "sermonero" Bush.

El documentalista fílmico Michael Moore fue el más osado y combativo en este escenario del 2004 al producir "Farenheit 9/11", alejado de las consignas de Hollywood, para plantarse frente al poder presidencial de Bush y cuestionarlo severamente sobre sus decisiones después de septiembre 11 y la guerra en Iraq, además de otros temas importantes para la sociedad estadounidense.

"Hice lo que no hizo la prensa sumisa de mi país", subrayó el cineasta, famoso también por "Masacre en Colombine", que pone el dedo en la llaga por la presencia de alumnos sin respeto a la vida en algunos centros escolares de Norteamérica, ya que se divierten con armas de fuego matando compañeros de clase.